

A.C.N. DE P.

AÑO XIX

Madrid, 1 de agosto de 1943

Núm. 314

IMPOSICION DE INSIGNIAS EN BARCELONA

La solemne vigilia. - El doctor Vilaseca compara el acto de la recepción de las insignias a los desposorios de los socios con la Asociación y con la Iglesia. Inauguración del local social. - El Sr. Obispo, revestido de pontifical, impone personalmente la insignia a los propagandistas de Barcelona. - Alocución del Prelado. - Cena de hermandad. - Discursos de Manich y Llobart. - Epílogo

Por vez primera desde la fundación del Centro de Barcelona ha tenido lugar en el día de San Pedro el solemne acto de imposición de insignias. Con él ha visto colmado su anhelo este importante Centro de la Asociación, que por racicar en una de las ciudades españolas más opulentas y dinámicas tantas posibilidades ofrece de apostado.

Los actos que se celebraron fueron dos. Uno de preparación y otro de imposición y conmemoración. La víspera de San Pedro se reunieron en la capilla de San Pablo, establecida en los locales de la Asociación, todos los propagandistas del Centro de Barcelona, sin excepción, acompañados de los consejeros de la Asociación llegados expresamente de Madrid y el secretario general, Sagüés, con el fin de orar en vigilia ante el Señor para que se dignara bendecir al Centro de Barcelona y a cada uno de sus propagandistas. A los recipiendarios de la insignia confirmandoles en su vocación y a los candidatos en futuras imposiciones para hacerse dignos de tal honor.

La capilla, por el fervor de los asistentes, recordaba un cenáculo. Y mientras en las plazas y calles vecinas el rumor del vecindario y el estrépito de las tracas de aquella noche verbenera quizás disipaba a la ciudad en efímeras teatralidades, el espíritu de Dios, tan elocuente en el silencio de la meditación, edificaba en Barcelona un baluarte firmísimo de la fe. Nacía en Barcelona, con plenitud, una verdadera fundación de la Asociación.

El consiliario del Centro de Barcelona, muy ilustre doctor don Mariano Vilaseca, canónigo y delegado episcopal de Acción Católica, dió a los propagandistas los puntos de meditación.

Plática del doctor Vilaseca

Recordó, ante todo, la significación litúrgica de la fiesta de San Pedro, congratulándose de que el Centro de Barcelona hubiera escogido aquella festividad para un acto tan trascendental como lo era su primera imposición de insignias. San Pedro—dijo—es la piedra angular de la Iglesia. Sobre esta piedra y la de sus sucesores se edificó y apoya

la misma. Por esto los propagandistas deben venerar a San Pedro y a sus sucesores con una especial predilección de obras y, sobre todo, de eficaz colaboración. Propagandista equivale en los tiempos modernos a apologeta y, feliz coincidencia, esta vigilia se celebra en el día de San Ireneo, que a fines del siglo II lo suscitó Dios como un dique contra las falgas doctrinas, concediéndole la gracia de destruir las herejías. Su tratado contra las herejías asestó el golpe de gracia al error agnóstico.

Pintó con trazos delicados la figura humana y sobrenatural de San Pedro, que tanta veneración tiene en toda España, y singularmente en Cataluña, y finalmente preparó a los recipiendarios a una purificación de su espíritu, estableciendo una delicada analogía entre la ceremonia que se celebraría el día siguiente y los sacramentos del Orden y del Matrimonio.

Después de los turnos de vela, rezo del santo rosario, del oficio de la Virgen Santísima semitonado y de las preces de la Asociación, celebró el santo sa-

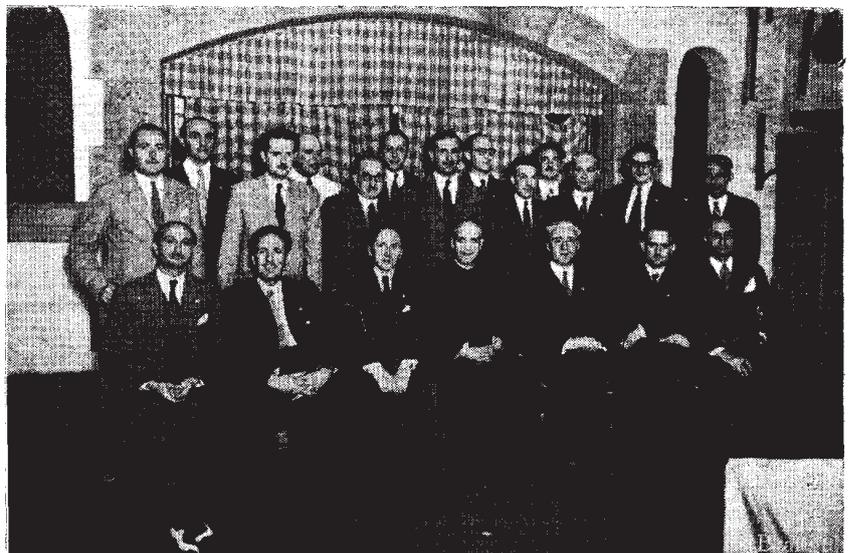
crificio de la misa el reverendo doctor don Ramón Cunill, consiliario de los Jóvenes de Acción Católica, una destacada representación de cuyo Consejo asistió a la ceremonia.

Terminada la santa misa se celebró una pequeña colación en los locales que se inauguraban de la Asociación, siendo obsequiados todos los asistentes con pastas y vino generoso.

En la capilla del palacio episcopal

En la capilla del palacio episcopal el excelentísimo y reverendísimo doctor don Gregorio Modrego Casaus, revestido de pontifical, impuso solemnemente la insignia a 15 socios del Centro de Barcelona, entre los que figuraban catequistas, médicos, abogados, arquitectos y altos dirigentes de empresa.

Asistió a tan solemne acto el canónigo doctor Vilaseca, el consiliario de los Jóvenes de Acción Católica, doctor Cunill, y la representación oficial de la Presidencia Nacional, llegada expresamente de Madrid, compuesta del señor



Representantes de la Presidencia de la Asociación y miembros del Centro de Barcelona



El señor Obispo de Barcelona, doctor Modrego; el consillario y el secretario del Centro de Barcelona en la capilla del palacio episcopal después de la imposición

rector de la Universidad de Oviedo, Alvarez Gendin; teniente coronel señor Peñaranda, catedrático de Valladolid; doctor Llombart y secretario general de la Asociación, señor Sagüés Irujo.

Leída por el secretario del Centro de Barcelona, Manich, la oblación, el señor Obispo fué imponiendo a cada uno de los recipiendarios la insignia de la Asociación.

La recibieron de manos de su excelencia reverendísima los siguientes propagandistas: Manich, secretario del Centro de Barcelona; Llombart, consejero de la Asociación, y los socios del Centro de Barcelona Badius, Casanova, Condomines Valls, Jover Nonell, Nadal, Ramos Fernández, Riudor Carol, Roig y Mas, Sastre, Trías de Bes (Federico), Trías de Bes (Juan de Dios), Udina Martorell (Federico y Santiago).

Inmediatamente el señor Obispo dirigió una emocionada alocución a los propagandistas.

El señor OBISPO: Grande es la satisfacción que experimentamos en este acto al ver que el Centro de Barcelona celebra su primera imposición de insignias, lo que significa haber llegado ya a un grado de esplendor prometedor de los más óptimos frutos. Realmente no se podía escoger fecha más oportuna: la festividad de San Pedro y San Pablo. Pedro es el apóstol que mereció del Señor sus predilecciones, cuando en Filipo de Cesárea fué consagrado la cabeza visible de la Santa Madre Iglesia. "Ubi Petrus, ibi Ecclesia." Y con él celebramos la fiesta del Papado. Papado del que es hoy glorioso sucesor Pío XII, felizmente reinante, y del que los propagandistas sois los celosos defensores. Precisamente no podemos desconocer las campañas de difamación que el averno ha iniciado a raíz de la terrible conflagración que devasta el mundo, precisamente por no haber escuchado la

voz del Vicario de Cristo. Todos sabemos y nos pasmará conocer los pormenores de los enormes esfuerzos de Pío XII para evitar la terrible guerra actual. En el reciente discurso del Papa a 20.000 obreros italianos, en el que se entabló un hermoso diálogo, aparecido ya en "L'Osservatore Romano", hizo patente el augusto Vicario de Cristo—el angélico Pastor—sus desvelos y sus constantes sacrificios para evitar la guerra e impetrar la paz. Sed, queridos propagandistas, voceros de esta campaña y divulgad en vuestros medios intelectuales y de influencia, hasta hacer llegar potentes ecos al pueblo, que el Papa es el gran defensor de la paz.

Habéis pasado la prueba de vuestro noviciado, queridos propagandistas, y hoy os recibo en la Asociación con la plenitud de vuestra vocación firme y probada. Sed mis esforzados paladines, y cuento con vosotros como una verdadera selección como adelantados de mis ansias de apostolado.

Con la efusión de mi alma os bendigo y anhelo que el Centro de Barcelona señale esta solemnidad como una fecha de consolidación y etapa ascensional.

Inmediatamente impartió a todos los reunidos su solemne bendición.

Su excelencia reverendísima, al terminar la ceremonia fué departiendo con todos los asistentes hasta sus habitaciones particulares, siendo despedido con el afecto y efusión de todos los propagandistas, no ocultando el Prelado la satisfacción que le había producido aquel acto, y que precisamente había requerido un gran sacrificio por su parte, ya que tuvo que destacarse especialmente de Montserrat, donde por la mañana había pontificado solemnemente en una grandiosa fiesta litúrgica organizada por los beneméritos monjes benedictinos de aquel monasterio.

Cena de hermandad

Después de visitar los monumentos del barrio gótico se trasladaron los propagandistas a uno de los céntricos restaurantes de la ciudad, donde celebraron un ágape fraterno en honor de los delegados de la Presidencia llegados expresamente de Madrid.

Terminada la cena se iniciaron los discursos, precedidos de la lectura de la carta que dirigió el presidente nacional, don Fernando Martín-Sánchez Juliá, a Francisco Manich, quien antes de proceder a su lectura dijo:

"Ante todo resuene entre nosotros la voz del ausente material y presente espiritual, nuestro querido presidente, don Fernando Martín-Sánchez Juliá, cuya carta voy a leeros.

Carta del Presidente de la Asociación

"Señor don Francisco de A. Manich, secretario del Centro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas de Barcelona.

Mi querido amigo y compañero:

Si la Asociación Católica Nacional de Propagandistas quiere constituir una "minoría selecta de hombres apostólicos con capacidad de dirección en potencia o en acto", resulta evidente que uno de sus Centros más prósperos y fecundos debe ser el de Barcelona, donde no sólo en la capital, sino

también en las comarcas a las que puede extender su acción, viven y trabajan tantos hombres piadosos y de espíritu sobrenatural, con facultades directivas en ejercicio. Bien probado al frente de instituciones privadas y públicas, de variadísimos fines dentro del ambiente religioso o en el mundo secular, y donde jóvenes de dotes preclaras, florida esperanza de futuros propagandistas, podrán recibir del espíritu de nuestra Asociación el soplo que empuje sus vidas al mar abierto del apostolado, enderece sus rumbos y les ayude a transformar en actos creadores la potencia que Dios puso en sus mentes y en sus corazones.

Los propagandistas deseamos llevar a Cristo a la sociedad en que vivimos y debemos lograrlo utilizando los medios lícitos más directos y eficaces. Por tanto, entre los elementos directores a cuyo apostolado consagramos nuestros trabajos hemos de preferir aquellos cuya atracción suponga mayor trascendencia social.

Plutarco afirmó, al revuelo de uno de sus comentarios biográficos, que los pueblos eran siempre conducidos y orientados por grandes capitanes y oradores elocuentes. El simple esquema del escritor grecorromano sigue vigente, en lo fundamental, al cabo de casi diecinueve siglos. Pero los tiempos modernos han complicado bastante más la estructura de la sociedad y el plan para su conquista apostólica. Manteniendo siempre la norma de nuestro Apóstol Patrono de atender a todos y ganarlos a todos para Cristo, el Centro de Barcelona hará bien si dedica su atención principal al apostolado entre los pensadores, al de los que poseen o puedan influir medios de publicidad y propaganda, y al de quienes puedan ser apóstoles entre sus compañeros de profesión obrera. Porque pensadores universitarios que creen y actualicen las ideas rectoras de un país, publicistas o periodistas que las difundan y multipliquen, y dirigentes de hombres situados en las clases sociales más humildes de la sociedad que aporten masas a las doctrinas, son hoy los más poderosos elementos para la orientación de los pueblos, sean cualesquiera los regímenes políticos, la constitución social y las creencias religiosas que en ellos preponderen.

Atended a la Universidad y recoged en ella los mejores estudiantes, que el día de mañana serán elementos rectores; seguid con atención la vida de los organismos de elevada cultura y estad atentos al movimiento de las ideas, para que, si no lográis que todas se inspiren en las doctrinas de Cristo, por lo menos éstas tengan entre aquéllas una dignísima y proporcionada representación.

A cuantos por su vocación personal o por sus circunstancias sociales posean medios de propaganda oral o escrita o puedan influir en ellos, acogerlos con predilección singular, porque serán los instrumentos más eficaces para la multiplicación de vuestras doctrinas apostólicas.

No olvidéis a la masa de gentes humildes, las preferidas por Nuestro Señor en el Sermón de la Montaña, las que viven del trabajo de sus manos. Difícil os será el apostolado directo entre ellas, pero tenéis el deber de seleccionar a los que sean capaces de convertirse en apóstoles en su propio ambien-

te y proporcionarles cultura para su espíritu y medios para sus actuaciones, fomentando o estableciendo organismos de formación social obrera de elementos directores, nunca más oportunos y necesarios que en la laboriosa Barcelona, cabeza y guía de la fabril Cataluña.

* * *

Llevamos viviendo ya muchos lustros en que el mundo se debate en una paavorosa crisis de instituciones, ante cuya caída la sociedad, llevada de la Providencia de Dios, sustituye con individuos a las instituciones que se derrumban, y así hemos llegado a los días que corren en que todas las grandes naciones, sean cualesquiera sus regímenes, tienen su destino pendiente de un hombre. Ninguna persona inteligente dejará de reconocer la importancia que, dentro de sus términos modestísimos, puede alcanzar una organización católica que, como nuestra Asociación, reune a un grupo de hombres de buena voluntad que quieren ser pacíficos, austeros, estudiosos, capaces y que están concordes entre sí y con la Iglesia, su Madre y maestra.

He dejado para el final poner de relieve este rasgo, que es de los más amados por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Somos católicos, pero aunque parezca una redundancia, nos preciamos de ser "católicos con Iglesia", es decir, unidos a la jerarquía y queriendo pensar, sentir y obrar como el Pontífice y los Prelados piensan, sienten y actúan. Llegue, pues, mi saludo filial en nombre de la Asociación al Obispo de Barcelona, que nos honra imponiendo las insignias a los nuevos numerarios de ese Centro, y que sé, tanto por las palabras ya publicadas en nuestro BOLETÍN como por sus actuaciones anteriores en la diócesis Primada, al lado del glorioso Cardenal Gomá, cuánto nos ha prodigado su paternal dilección. La fórmula diocesana de nuestro anhelo de estar con la Iglesia es el "nihil sine Episcopus", que vosotros practicáis y que yo como Presidente ahincadamente procuro y aplaudo.

Dios hará perdurable la existencia, rica en frutos de apostolado, del Centro de Barcelona, que hoy celebra su primera imposición de insignias. Intentos hubo, y en el correr del tiempo alcanzan ya a fechas remotas, para que Barcelona tuviera un Centro de Propagandistas, mas su floración fué repetidas veces efímera. La guerra, que tantos males trae consigo, alejó de sus hogares a valiosos católicos catalanes, que se congregaron en San Sebastián en torno al Centro de Propagandistas de la bella ciudad guipuzcoana y bajo el celo del secretario del mismo, nuestro compañero el catedrático Antonio Llombart. Con gozo verá éste cómo su obra, trasplantada luego a Barcelona y cuidada y engrandecida por la actividad inteligente, celosa y asidua de su actual secretario, Francisco de Asís Manich, luce hoy al sol radiante de su mediodía de gloria, en el que es justo recordar las horas tristes de la noche y las de la luz pálida en la aurora cuajada de esperanzas, que ahora se han transformado en realidad esplendorosa.

Con mis saludos de amigo y compañero para todos reciba usted el afectuoso abrazo de

EL PRESIDENTE."

Madrid, 26-6-1943.

Discurso de Manich

Terminada la lectura, que fué acogida con una salva de aplausos, MANICH dijo:

"Decidle, queridos compañeros, ilustres embajadores de nuestro Presidente tan amado y dignísimos miembros del Consejo Nacional, que hemos leído con profunda atención sus letras, tan llenas de espíritu y que el contenido de las mismas ha de ser, y así os lo prometemos, la base programática de actuación del Centro de Barcelona.

Este Centro de Barcelona celebra hoy con tanto esplendor la fiesta histórica de su primera imposición de insignias, al cabo de un cuarto de siglo largo de actividades, ya que nuestros Jover, Nadal y otros supieron hacerse eco de aquellas inquietudes apostólicas que debían desembocar en un futuro, hoy realidad, de plenitudes y de actividades.

Sin la siembra no hay cosecha y sin sacrificios martiriales no hay plenitudes basilicales. Por esto, porque nos sentimos solidarizados con los de ayer esperamos llegar a los de mañana, a nuestros hijos, una fuerza organizada y un más perfecto instrumento de trabajo.

No podemos los propagandistas olvidar nuestra vocación específica. Y el porqué militamos en esta organización de Acción Católica, madre de tantas instituciones al servicio de la Iglesia española. Tengamos un profundo sentido de continuidad misionera y por analogía lancemos al viento nuestras campanas espirituales, ya que en la gran comunidad de la Asociación viene la fundación de Barcelona a emular a las ya existentes con los más nobles propósitos de superación, ya que nos proponemos alcanzar los más lejanos horizontes y abrigamos las más ambiciosas esperanzas.

En Barcelona, el Centro debe alcanzar la importancia que requiere esta inmensa capital, donde existen todas las posibilidades y energías y las que solamente es preciso descubrir, ordenar y encauzar.

Muy agradecido quedo a los amables piropos de Fernando, nuestro querido Presidente, pero declino todo el honor que me tributa en el Centro de Barcelona, que ha llegado hoy a este hito inicial de sus gloriosos destinos merced a la colaboración y compenetración cada día más efectiva de todos sus miembros con el secretario y sobre todo con la Asociación. Hoy puedo decir ya que todos sienten con el Centro.

Agradezco a vosotros, queridos Sa-güés, Alvarez Gendín, Pefaranda y Llombart, el sacrificio que habéis hecho al destacaros para acompañarnos en esta fiesta. A Martín-Sánchez decidle, queridos compañeros, cuánto le amamos todos los de Barcelona y cuánto le agradecemos su mente rectora y vigilancia perpetua.

A Llombart, casi socio del Centro de Barcelona, que nos ha honrado imponiéndose la insignia en nuestra compañía, ¿qué le diré? Que todos los que tuvimos el honor de compartir aquellas horas de San Sebastián, cuando él regía aquel Centro, mientras nuestros niños y nuestros hermanos estaban decidiendo la Cruzada en los frentes, se formó el grupo catalán, que trasplantado

a Barcelona es hoy el Centro que contempla. Que su nombre está esculpido en nuestro historial y sobre todo, te lo aseguro, querido Llobart, en nuestro corazón. Porque los catalanes somos muy sensibles a todas las delicadezas y muy retributivos en nuestros afectos.

Alvarez Gendin, Peñaranda y Sagüés: Ayer llegabais y a algunos no os conocíamos. Después de unas horas de convivencia os aseguro que ya os habeis metido en nuestro corazón. Devolved nuestra embajada y convertiros en nuestros embajadores, sed el portavoz de nuestro afecto a todos los propagandistas de España.

El Centro de Barcelona yo os aseguro que sabrá cumplir, con la bendición de Dios, que no ha de faltarle, ya que no le falta la de su iglesia, pues acaba de recibirla de su Obispo, su noble misión y no defraudará las esperanzas que en él habéis cifrado. Conectado ya a las nuevas promociones de la Juventud Católica Española, los que precisamente no podemos decirnos jóvenes tenemos un singular interés y empeño en transmitir a las nuevas generaciones el tesoro que sin merecimiento tenemos depositado y del que hemos procurado sacar, como el buen operario del Evangelio, el lícito y prudente interés; por lo que, acrecentado, se lo entregaremos para que recibéndolo con la misma reverencia y sacándole el rendimiento espiritual, vaya enriqueciendo el caudal del Buen Padre Celestial.

De nuestra fidelidad al espíritu de la Asociación son exponente: primero, la fervorosa piedad de nuestra vigilia eucarística, de la que habéis sido testigos; y segundo, estos dos "números 1" que acaban de alcanzar en sus oposiciones a la abogacía del Estado y la cátedra de Paleografía dos socios del Centro de Barcelona, Vilaseca Marcet y Matéu Llopis, que debían recibir hoy la insignia, pero que no han podido hacerlo por encontrarse todavía en el Frente Cultural.

Ellos y nuestra lealtad son las dos ofrendas que el Centro de Barcelona en esta ocasión hace a la Asociación, a la Iglesia y a la Patria."

Acallados los aplausos, se levantó el consejero señor Llobart y dijo:

Discurso de Llobart

"Ha considerado acertado el Presidente de nuestra querida Asociación que en acto tan trascendente como el que ahora clausuramos no sólo debía estar ella ampliamente representada, sino que además uno de sus consejeros expusiera en alta voz todo el gozo y la alegría que siente la Asociación al poder celebrar, con el inusitado esplendor que hemos podido apreciar, la primera imposición de insignias del Centro de Barcelona.

Especialísimamente es mi propósito transmitir un mensaje de cariño y un íntimo abrazo fraternal de nuestro Presidente, Fernando Martín-Sánchez, del que yo debo indicaros que aun siendo por su alta virtud la expresión humana de la renunciación, si en algún caso ha sentido el peso de su situación física ha sido en éste, en el que hubiera querido volar, como hemos volado otros consejeros, a esta espléndida ciudad, expresándoos toda la alegría de la A. C. N. de P., conviviendo con vosotros estas horas de fraternal camaradería y realzando con su presencia

personal esta fiesta, que yo casi me atrevería a denominar fiesta mayor de la Asociación.

No obstante esta ausencia, que impuesta por la voluntad del Señor todos deploramos acatándola, la A. C. N. de P. se encuentra amplia y dignamente representada en las personas que han convivido con vosotros.

Ha venido Alvarez Gendin, rector de la Universidad de Oviedo, que os trae brisas norteñas de la bravía Asturias, y que significa por su cargo y prestigio personal uno de los más destacados miembros de nuestra Asociación; ha venido el consejero Peñaranda, laureado por cien campañas guerreras y genuino representante, por su honradez y acrisolada virtud, de las raciales cualidades aragonesas; ha venido nuestro secretario general, José María Sagüés, pieza fundamentalísima de nuestra Asociación, eje oculto y realizador práctico de cuantas aspiraciones, acuerdos y deseos van sucediéndose en la vida cotidiana de la A. C. N. de P. Nos acompaña Echánove, distinguido miembro del Centro de Madrid, pundonoroso militar, quien comprende hondamente la hermandad nacida en el sufrimiento, puesto que, lo mismo que muchos de vosotros, en recientes tiempos por todos recordados, ha sufrido persecuciones y cárceles, ofrendando a tres de sus hermanos, como vosotros también habéis ofrecido vuestra sangre por Cristo y por España.

Junto con tan prestigioso grupo de propagandistas ha venido quien os está dirigiendo la palabra, y que une a los generales lazos de amistad que son comunes a todos vosotros los específicos, que nacieron al calor de la convivencia en el Centro de San Sebastián durante la pasada guerra de liberación. Por eso, en esta ocasión que tanta alegría a todos nos produce, yo he querido venir a Barcelona a felicitaros por el gran desarrollo de este Centro y a recordar en unas horas de íntima convivencia épocas pasadas, envueltas por la neblina del tiempo, pero presentes en nuestro corazón por el sentimiento de caridad fraterna que las crearon, desarrollaron, y preslan permanencia imperecedera.

Pero si físicamente venimos solos, moralmente nos acompañan los sentimientos de toda nuestra Asociación. Hace unos días recibimos el encargo del dignísimo consiliario del Centro de San Sebastián, don Francisco de Yarza, de muchos de vosotros conocido y por tanto querido, y del secretario de aquel pujante Centro, Carlos Santamaría, los cuales, en nombre de todos aquellos compañeros, os dan un abrazo cariñoso, honrándose de que el hijo haya progresado más que la madre, pues os habéis adelantado a la imposición de insignias que dentro de unos meses tendrá lugar en la acogedora ciudad guipuzcoana. Y esta peregrinación que hasa llegar a vosotros he seguido, me ha permitido recoger sentimientos del Centro de Valladolid, al que hoy me honro en pertenecer, del que os traigo el más cariñoso parabién, arrancado de sus campos de doradas espigas y de sus iglesias castellanas, coronadas por altas torres cuadradas... Y ayer, reunidos en fraternal com'ida con que hicieron gala de su proverbial hospitalidad los propagandistas aragoneses, ellos también nos encargaron que cantásemos en alta voz la alegría común a todos. Y puedo

afirmaros que al pie de la Virgen del Pilar rogamus todos los emisarios de tanto parabién por el desarrollo, efectividad y pujanza del Centro de Barcelona.

Según decía nuestro Presidente en su carta que acabamos de oír, y recordaba Manich, el actual Centro de Barcelona nació en San Sebastián durante la guerra de liberación, como expresión de un sentimiento de solidaridad fraterna. En aquellos tiempos, llenos de zozobras y preocupaciones por el porvenir de la Patria y aun por la propia existencia de los seres más queridos, nos reunimos a rezar y a trabajar, a proseguir nuestra formación y a planear actuaciones futuras, revisando cuidadosamente lo que hasta entonces había sido. Yo, en estos momentos, siento íntimo gozo al ver incorporados al Centro de Barcelona los nombres de Juan y Federico Trias de Bes, de Javier Nonnell, de Carreras, de Manich y de otros prestigiosos elementos de la vida catalana actual. Pero aun mayor alegría ha proporcionado a la Asociación el seguir de cerca la acertada labor de vuestro secretario, que ha sabido incorporar a la primitiva levadura los más valiosos elementos universitarios, como Ramos y Luño; prestigiosas aportaciones de las finanzas curtidas durante largos años de actuación católica, como Nadal; del foro y la justicia, como Condomines, y queridos compañeros de otras épocas y Centros, como Flors, Espinosa y Luque.

No termina aquí la acertada orientación impresa a este Centro por su secretario, pues en la larga lista de propagandistas que nos hemos postrado ante vuestro reverendísimo Prelado esta tarde, abundan los jóvenes y entusiastas elementos, nueva floración genuinamente barcelonesa, escogida entre lo más selecto de la juventud catalana y que gracias a vuestros cuidados y desvelos piensa, ama y siente como todos nosotros, los que sin vanagloria y justamente debemos considerarnos como veteranos en la Asociación. Yo saludo con profundo espíritu de caridad a Roig Más, a Sastre, a Udina, a Vilaseca, a Riudor, a Casanova y a todos los restantes, propagandistas efectivos los más, prometedoras primicias de próximas imposiciones los restantes, en las que seguramente será fecundo el Centro de Barcelona.

Carecerían mis palabras del tono eminentemente constructivo que suele caracterizar a todos nuestros actos si en estos momentos no hiciera referencia a alguna de aquellas virtudes que, aun en lo humano, imprimen carácter a los propagandistas. Ya os ha recordado Martín-Sánchez en su carta las condiciones de selección y competencia que deben adornar al propagandista, hora sean manifiestas o estén contenidas en potencia, y de aquella filial adhesión a la Iglesia para servirla en donde y como ella quiera ser servida. En nuestros oídos resuenan los consejos y altos ejemplos que en la vigilia de anoche nos presentaba vuestro digno consiliario, don Mariano Vilaseca, y presente tenemos todos la amorosa urgencia con que el excelentísimo señor Obispo lanzaba una consigna para inmediatas actuaciones de nuestro Centro.

No soy yo quién para atreverme a exponer puntos de vista personales cuando han sido emitidos por las altas

"LA FIGURA DE SAN PABLO"

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL CIRCULO DE ESTUDIOS
DEL CENTRO DE MADRID POR EL DR. D. CARLOS JIMENEZ
LEMAUR, PARROCO DE CHAMARTIN de la ROSA

Don Fernando MARTIN - SANCHEZ JULIA: Nos va a hablar hoy don Carlos Jiménez Lemaur, párroco de Chamartín de la Rosa, que fué estudioso brillantísimo en Roma, sobre la figura de San Pablo, pues nuestro secretario, José María Sagiés, ha querido, con muy buen acierto, que el Centro de Madrid conozca a fondo a nuestro Patrono, en estos días en que se celebra su conmemoración.

Tiene usted la palabra.

"Muy pocas líneas de exordio, Ni siquiera apenas el que parece obligado capítulo de excusas; harlo las necesito yo ante la magnitud del tema cuyo título escuchasteis, ante la pequeñez de mi posible esfuerzo (que si bien antaño cultivé esta clase de estudios y jamás dejé de tenerles afición, otros fueron luego los afanes en que la obediencia quiso situarme) y ante la realidad de las pocas horas de que dispuse para pergeñar estas cuartillas capítulos todos de descargo, que espero convirtais en raudales de generosa benevolencia.

Seguro estoy de que jamás pudo escapar a vuestra perspicacia que no pretendo yo abordar todo cuanto el tema propuesto pudiera dar de sí; bien sabeis ser tan grandiosa la figura de San Pablo que sería por mi parte audacia imperdonable intentar darle cabida en estas cuartillas, fruto rápido de mi menaguado ingenio.

personalidades de la Iglesia, de vuestro Centro y de la Asociación; pero guiado por mi larga actuación en pasadas épocas como secretario de Centro, si me atrevo a recordaros cuánto vale para la más eficaz actuación y vitalidad el que entre sus miembros se cultive el fraterno espíritu de caridad. Esta amorosa coincidencia de puntos de vista; esta agradable colaboración con el secretario; esta eficaz aportación y recta intención, siempre dispuesta a sacrificar lo pequeño para consagrarse a las grandes empresas de la obra del Señor; este sentimiento unitivo, yo os digo que significa el mejor espíritu colectivo que puede cooperar en las labores directivas de todo secretario. Hace años que conozco el profundo espíritu sobrenatural de Francisco Manich, su inteligencia y laboriosidad, por lo que yo os pido que troqueléis vuestra personalidad en su alteza de miras y en su cariño a la A. C. N. de P.

Con esta idea quiero terminar. Y al hacerlo os agradezco en nombre de todos mis compañeros cuantas atenciones nos habéis dispensado durante las horas que hemos convivido con vosotros; os encarezco a que sigáis laborando como hasta aquí lo habéis hecho, apañados junto a vuestro consiliario y secretario, difundiendo a través de vuestros actos, actitudes y propa-

Tuviérame yo por satisfecho, y allá va enderezada mi intención, si me diere Dios acierto para trazar algunas pinceladas y formar con ella el boceto de la figura del Apóstol; ahí me quedara yo, y por bien pagado, que lo demás vosotros, y con creces, habrías de suplirlo.

¿Quién es San Pablo? Desde luego es la figura genial, por antonomasia, del cristianismo. Esto es San Pablo, pero si rasgos y pinceladas me pedís, os diré que San Pablo es el convertido fervoroso, el Apóstol de las gentes, el caballero de Jesús.

El convertido fervoroso

Saulo es un israelita de pura cepa, y, si bien nacido en la Diáspora, no es un helenista, sino un hebreo educado en la lengua materna, ya que el arameo fué la lengua de su familia en Tarso, la lengua en que aprendió a orar y que cultivó en la escuela de Gamaliel, en Jerusalén, por los años del nacimiento de Jesucristo. Era un joven (veinte a cuarenta años) cuando el martirio de San Esteban, y un anciano cuando escribe la carta a Filemón. Su familia, emigrada de Palestina, cultivaba con celo las relaciones con el país natal, una hermana casó en Jerusalén. (Act. 23, 16-22.)

Nació Saulo, llamado también Paulus,

gandas aquel espíritu de fraterna caridad que debe impregnar esta bella población, tan pujante y progresiva, creando en ella esa compenetración y hermandad que nos son comunes a todos.

Quiero cerrar mis palabras trayendo a vuestra memoria la figura de aquellos dos colosos del siglo pasado honra de vuestra región y de España, el pensador Jaime Balmes y el beato padre Claret. Que su tenacidad, su espíritu sobrenatural, su preocupación intelectual y aspiraciones apostólicas sean vuestro ejemplo, laborando "con sosiego y con calma, haciendo y padeciendo, orando y callando confiados siempre en Dios y María Santísima, según aconsejaba el apóstol de Cuba y confesor de reinas, a quienes solicitaban su guía y eficaz dirección.

Epílogo

Terminados los discursos se entabló entre todos los propagandistas un cordialísimo cambio de impresiones, tan sólo interrumpido por las exigencias del fotógrafo y la premura de la marcha de los consejeros, que emprendieron raudos su retorno a Madrid en veloz y potente coche, que unía con su cinta de velocidad las dos grandes ciudades que son el cerebro y corazón de España: Madrid y Barcelona.

por razón de su romana ciudadanía, en Tarso, ciudad situada en los confines de Siria y del Asia Menor, no lejos del mar, bañada por un río y foco desde muy antiguo de la civilización oriental y occidental. Tarso, capital de la Cilicia, era como la Atenas del Asia Menor. Los ciudadanos de Tarso viven un ambiente de civilización que les fomenta el afán de saber: de ahí que el numeroso contingente judío de esta capital tendiera a helenizarse y lo consiguiera con más facilidad que en otras partes. Se helenizó Pablo en lo conveniente y tomó lo que había de ser precioso adorno y valioso atractivo: la rica variedad de tonalidades y abundancia de léxico, difíciles de adquirir en una lengua aprendida de intento. Pero de hebreo se preciaba siempre Pablo y con notorio énfasis lo dice de sí mismo (2 Cor. 11. 22: Fil. 3. 5). En Tarso, pues, aprendió Saulo desde la niñez, además de la lengua de sus padres a hablar y escribir el griego. Allí aprendió a hacer tiendas de campaña (tenería, no tejeduría), y desde Tarso Pablo abandona muy joven su patria y, siendo hijo de fariseos, se forma en Jerusalén bajo la dirección de Gamaliel y sale de tal educación ferviente fariseo, que bien él lo proclama (Act., 23, 6) v. fanático celante de la ley de sus padres. se distingue como apasionado perseguidor de los cristianos, y éntrase por sus casas, y sácalos con violencia para hacerlos encarcelar v disponer su ejecución. Y en el caso del martirio de Esteban aparece Saulo como la persona de confianza, el apasionado adicto a los enemigos de los cristianos: es el mancebo a cuyos pies depositan los testigos sus vestiduras, de las que se despojan para arrojar con más soltura la primera piedra y cumplir así con el mandato de la ley (Deut., 17, 7). En una palabra, Saulo es el fariseo desde la niñez apasionado por la ley de Moisés y las tradiciones de sus padres, acreditado cerca del gran sacerdote: para él es poco blasfemar el nombre del Salvador; subleva contra los fieles los furros de la multitud, aplaude con entusiasmo verdaderamente ritualista el asesinato de Esteban y excita la primera persecución que la Iglesia hubo de sufrir. Saulo es, señores, el más apasionado y fanático por la ley judía.

De extraordinario valor ante Dios habían de ser las oraciones del mártir primero del cristianismo. Y ellas existieron y que ligadas van con la sangre de San Esteban bien lo da a entender tanto el hecho de citar a Saulo en el pasaje que narra el martirio de aquél cuanto lo que el mismo Pablo dice en su discurso al pueblo de Jerusalén, donde, entre otras palabras de su oración a Dios, cita las siguientes: "Y mientras se derr-

maba la sangre de tu testigo Esteban, yo me hallaba presente..." (Act., 22, 30).

Y a tales plegarias, marcadas con la primera sangre después de la de Cristo, tal prodigio...; que lo fué, y de monta grande, cambiar al perseguidor acérrimo en **convertido fervoroso**.

Amenazas y muerte respira Saulo contra los discípulos del Señor, y ganoso de acallar tales ansias pide al sumo sacerdote le dé cartas que le recomienden, presenten y autoricen ante las sinagogas de Damasco; ni sexo ni edad ha de respetar y a cuantos encontrare traerá a Jerusalén. Saulo, bien lo dice en 2 Cor., 5, 16, ha juzgado a Cristo según la carne, y tiene anublada su vista espiritual por los prejuicios políticos, religiosos y nacionales que dominaban la vida del judaísmo; Pablo, pese a su talento, se ha quedado en los umbrales de la vida de Jesús y de su trágico fin y no ha sabido penetrar en el espíritu de su doctrina ni comprender la importancia de su obra.

Esta es, señores, nota fundamental dentro de mi semblanza; ella es fundamental para apreciar contrastes; Saulo es perseguidor por convicción; perseguidor entusiasta, que da ciento y rava al más acre de los perseguidores, pero su entusiasmo es fruto lógico de convicciones íntimas y hondas; su actuación persecutoria no es la llamada, efecto de impresiones de momento, ni de ajenos contagios; no supo calar en el espíritu del Evangelio de Cristo y así hubo de tenerlo por impostor...; nada había para él que más valiera que la ley de Moisés; y así hubo de arremeter muy lanza en ristre contra todo aquello que a dicha ley pudiera oponérsele.

Y no es mi intento al subtrair las ideas anteriores, excusar ni menos excusar a Saulo en su conducta. Si bien es cierto que otros en la historia fueron menos, mucho menos excusables..., no obstante, lo que pretendo es hacer notar el contraste para que mi primera pincelada en el boceto de la figura del Apóstol, "el convertido fervoroso", pueda tener algún vigor de trazo.

Camina, pues, Saulo hacia Damasco, y cerca estaba ya de la ciudad cuando de repente, a eso del mediodía (Act., 26, 13), se ve rodeado de una luz del cielo "más resplandeciente que el sol". Saulo cae en tierra al tiempo que oye una voz que le dice, precisamente en hebreo: **Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?** "¿Quién eres tú, Señor?" Y el Señor le dijo: **Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Dura cosa te es dar coces contra el aguijón...** El entonces, temblando y despavorido, dice: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?" Y el Señor a él: "Levántate y entra en la ciudad. Allí se te dirá lo que te conviene hacer, pues para esto me he aparecido a ti a fin de constituirte testigo y ministro de las cosas que has visto y de otras que te mostraré anarciondome a ti de nuevo. Yo te he librado de las manos de este pueblo y de los gentiles, a los cuales te envíe a abrirles los ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios y con esto reciban, por la fe en mí, la remisión de sus pecados y la herencia de los santos."

La narración se completa diciendo que los hombres que acompañan a Saulo oyen la voz, pero a nadie vieron. Y Saulo se levantó, mas aunque abría los ojos nada veía. Y así, le tomaron por la mano y le llevaron a

Damasco. Y estubo allí tres días sin ver y no comió ni bebió.

Santa ceguera y ayuno feliz éste, que mientras no vió luz de la tierra llenó la luz del cielo los huecos todos del alma, y mientras ayuno estubo de comida y bebida materiales fué el alma saciándose de manjares que jamás él atisbara ni sospechara nunca; ellos fueron, esa luz del cielo y tal suerte de manjares, los que produjeron reacción de tal naturaleza que el paciente dé vuelta completa en su vivir, rotación absoluta y diametral: que esto significa "convertido", el que dió la vuelta y de mirar a un polo hubo de mirar a otro polo, y no como quiera, no con tibieza o flojedad, sino con entusiasmo y con fervor: "el convertido fervoroso"; tanto, es a saber, más de Cristo ahora cuanto fué antes enemigo de ese mismo Cristo. Por esto "convertido", y procurando superar en su entusiasmo y en su amor y en santidad y en adhesión a Cristo el entusiasmo con que procediera antes cuando trabajaba y minaba contra Cristo; y por esto "convertido fervoroso".

Abandona ya tu resistencia, le dice la voz: resistencia a la sabiduría, amor y fuerza sobrehumana de Esteban; no te aferres ya fanáticamente a la ley. Y tomando la figura del aguijón con que se espolea a las bestias, tal que si éstas respingan ellas mismas se hacen daño, añade: "Dura cosa te es dar coces contra el aguijón. Porque yo soy Jesús, el mismo a quien tú persigues. Aquí está la fuerza y virtualidad de la conversión y del milagro." Y ¡qué impreso le quedó en adelante con letras de fuego a Pablo en su corazón este nombre de Jesús! Pablo predicará este nombre con celo ardiente; por él padecerá oprobios y persecuciones y cárceles y por fin la muerte y de este nombre recibirá fortaleza. Mirad, señores, cuál le quedara a Pablo grabado e incrustado en el alma el nombre, cuya fué la voz, que más de 230 veces le empleará en sus cartas y de él dirá que es un nombre sobre todo nombre y que ante él ha de doblarse toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua debe confesar que Jesucristo está en la gloria de Dios (Fil., 2, 9).

Y Pablo, el caído, el apabullado por la fuerza de la gracia, no sabe ni puede decir otra cosa que estas palabras: "Señor, ¿qué quieres que yo haga?" Nada más podía decir, ni cabe más fervorosa conversión que la expresada por estas palabras. Los efectos y la obra del Apóstol lo dirán desde luego, pero ya es bastante para afirmar sincera y además fervorosa conversión que el que otro prurito no tenía si no perseguir el nombre de Jesús en las personas de los que le confesaban y seguían a Jesús..., se ponga sin condiciones la disposición de aquel mismo que hasta entonces persiguiera.

Y Pablo es en todo momento grande: persiguió con toda el alma. Si Pablo se llega a convertir se convertirá con toda el alma. Sus palabras, que él indudablemente rumiará y fundamentará, más hondas cada vez, implican una conversión, no como quiera, sino extraordinaria, como de quien extraordinariamente sabía perseguir. Los efectos y posterior vida de Pablo lo han de acreditar. A mí, por razón de esta pincelada, sólo me toca señalarlo.

Añadiré únicamente con Schuster que con el suceso del camino de Damasco ha empezado para Pablo una nueva época. El fanático perseguidor de los discípulos de Cristo se torna de repente, totalmente y para siempre, el más intrépido defensor de la mesianidad y divinidad de Jesús. Le anima un nuevo principio de vida (Cor., 5, 17 y 4, 16). Su vida pertenece en adelante a Cristo, no a un Cristo como el que los judíos esperaban, sino a Jesús Nazareno, crucificado y resucitado de entre los muertos. Lo anterior al camino de Damasco es para él tinieblas, alejamiento de Dios, error y pecado; después camina en la luz, es un nuevo yo, y Cristo vive en él (Gal., 2, 20). Y sin embargo toda su vida será una cadena de trabajos, persecuciones y padecimientos en servicio de aquel a quien un día persiguió; a estos trabajos él los llama señales de apostolado (2 Cor., 12, 12). El escriturista alemán Felten, ¡y qué bien trabaja este autor y qué bellas y profundas son sus obras!, dice así en su "Apostelgeschichte" 192: "Tanto cambió que sacrificó todas las ventajas temporales para ganar las eternas. El fin de su lucha era la corona de la vida eterna: su consuelo, no ser jamás separado del amor de Cristo. Si se hubiera movido por el lucro nunca habría renunciado al apoyo de la comunidad, ganándose el sustento como un obrero. Si buscaba la fama, no debió haber tomado la cruz y los oprobios que a ella van unidos. Si tenía sed de poder no debió ir a buscarlo donde su celo le señalaba entre todos como a víctima para la muerte, que él mismo había hecho padecer a Esteban. Después de la conversión se muestra manso, humilde, lleno de caridad y compasión con los hermanos." Hasta aquí Felten, y con sus palabras el brochazo último a la pincelada que presenta a Pablo como un "convertido fervoroso".

No faltaron quienes han negado realidad y, por ende, virtualidad objetiva al suceso del camino de Damasco. Y no nos referimos a Ernesto Renán, quien en este caso, como en otros, con palabras y nada más que palabras, carentes de todo aparato científico, lo critica todo y burdamente trata de morderlo todo..., sino a los racionalistas de la escuela liberal alemana, quienes han trabajado con bagaje y erudición y aparato crítico innegables (Th. Zham era llamado "eruditissimus vir" por uno de mis profesores del Instituto Bíblico de Roma) dignos de otra orientación y que ¡jalá hubieran servido a la verdad como estuvieron a merced y servicio del error. Estos tales explican el suceso del camino de Damasco o como un producto de procesos psicológicos inmanentes (teoría psicológica), o por una visión subjetiva o alucinación (hipótesis subjetiva de las visiones), o por una no aparición corpórea de Cristo, sino visión de una imagen del Resucitado, provocada por Dios (hipótesis objetiva de las visiones).

No permite el carácter y límites de esta conferencia que nos detengamos demasiado. Sólo, sí, observemos que Pablo sabe distinguir muy bien el suceso del camino de Damasco de las visiones en general y de las que más tarde recibiera del Salvador (Act. 18, 9; 22, 17; 21, 23, 11; Gal., 2, 2; 2 Cor., 12, 1). Al Macedonio que se le ofreció en sueños y le rogaba diciendo "Ven

a Macedonia y socórrenos" (Act., 16, 9), en verdad que no lo tuvo por sujeto real de carne y hueso. Y, sin embargo, dice haber visto a Cristo en cuerpo real. Y esta convicción la tiene siempre y le seguirá por treinta años de vida durísima, terminada por la muerte. En verdad que de haber sido ilusión, Pablo resultaba el más desgraciado de los hombres.

¿Y cómo explicaríamos la ceguera y cómo la compasión que le dedican los que le acompañan? ¿Comasión ante un fenómeno puramente interno?

En fin, todas estas hipótesis dan como supuesto un estado psíquico que estuvo muy lejos de existir en el Apóstol. En efecto, Saulo persigue la fe porque la estima incompatible con la ley. En Saulo no existe ambiente de duda entre la fe y la ley: ésta es para él algo incontrovertible. Saulo no ha recibido instrucción cristiana alguna (V. Weizsacker, "Apostolische Zeit", 71). Un Saulo que odia a Cristo crucificado mal puede en su fantasía ver a un Salvador resucitado que le cambie radical y absolutamente en la forma que ya vimos. Sería psicológicamente comprensible que, inflamado en el deseo y esperanza del Mesías, hubiese visto un Mesías cual se lo imaginaba en su corazón un judío fariseo (y Pablo judío, fariseo era) y un hijo de su época; mas es psicológicamente imposible que Saulo relacionara la imagen que él se forjaba del Mesías con el Jesús histórico, que no correspondía a aquella imagen.

Y supongamos que, efecto de las "religiones de misterios" venidas de Occidente, viviera en Saulo de tiempo atrás la idea de un Mesías celestial, y que esta idea asomara a las puertas de su conciencia mediante una determinada excitación o conmoción episódica en su alma...; mas, ¿cómo explicar el hecho de que Saulo llegue a asociar su Cristo celestial con este Jesús de Nazareth a quien él persigue y a quien los Apóstoles adoran y por quien Esteban ha sido apedreado?

El suceso del camino de Damasco será siempre un enigma para quien se obstine en negar toda sobrenatural intervención. Para quien admita el orden sobrenatural el suceso del camino de Damasco es perfectamente comprensible como un hecho absolutamente histórico.

Claro es que de admitir como histórico simplemente tal el suceso del camino de Damasco, hay que concluir que Saulo, que es Pablo, resulta el más clásico testigo de la resurrección de Jesucristo.

El Apóstol de las gentes

¿Por qué? ¿No lo fueron todos? ¿No recibieron todos el encargo de una evangelización universal? ¿No la realizaron de hecho? Desde luego, y una rotunda afirmación es lo que cabe dar a estas preguntas. Tan cierto es ello que es clásico y nadie medianamente instruido en cosas de evangelio y hechos apostólicos ignora la distinción entre la misión de Cristo, llamada "personal", y la denominada "ministerial" o por medio de los apóstoles. Para todos los nombres murió Cristo Jesús, pero su labor personal—literal y materialmente personal—para los judíos fué, para "las ovejas que perecieron de la Casa de Israel". La aplicación de sus méritos, su efectividad redentiva y la predicación, para todos había de ser, mas por medio

de la Iglesia, por medio de los Apóstoles y de sus sucesores.

Entonces, ¿por qué es Pablo por antonomasia el Apóstol de las gentes, de los gentiles, de los no israelitas, de tal manera que este dato pueda y deba constituir una, acaso la principal y más característica pincelada del diseño del Apóstol?

Todos los apóstoles se dispersaron por el mundo conocido y todos realizaron labor de evangelización universal. No creo necesario detallar, bien los conocéis, los límites a los que se dirigió, geográficamente hablando, la actividad de los Apóstoles.

Algo más hondo ha hecho de Pablo el "Apóstol de las gentes", a pesar de que todos los Apóstoles, o al menos su mayoría, de hecho hayan sido Apóstoles de las gentes. Si no me lo tomárais a inmodestia, yo os remitiría a mi discurso inaugural del curso del seminario en el año 1920 "¿Fué San Pablo un innovador?", o al modesto libro que hube de publicar en 1929 con este título: "¿Cristianismo de San Pedro o cristianismo de San Pablo?"

En ambos lugares procuro, dentro de la pobreza de más fuerzas, tratar el tema de aquello que, sólo aparente y no de fondo, interesa a cierta crítica sea dogmática discrepancia entre Pedro, Príncipe de los Apóstoles, y Pablo, Apóstol de las gentes. La mayor dificultad para mí, en los momentos presentes, consiste en reducir a los límites de tres o cuatro cuartillas lo que dejo expuesto en los trabajos aludidos.

Abordemos, pues, de lleno la solución del problema, ya que una obligada reducción de espacio y de tiempo me veda plantear aquél como desde luego conviniera.

Entre Pedro y Pablo ha existido sin duda una discrepancia: más todavía, sin mengua del respeto y disciplina y acatamiento de que Pablo hace gala con respecto a Pedro, Pablo, con santa libertad, increpa a Pedro y se muestra disconforme. ¿Disconforme? Sí. ¿Pero en qué? ¿En asunto de dogma, de principios? ¿En punto de concretas y circunstanciales y particulares aplicaciones de principios, en los cuales, por otra parte, existe entre uno y otro conformidad absoluta?

Adelantemos que desde luego sólo en lo segundo y en manera alguna en lo primero; mas afirmemos que, a base de esta fundamental afirmación, tal ha sido el relieve de San Pablo y tal su conducta, consecuente con sus afirmaciones de carácter práctico, que ella le ha significado y dádole una fisonomía inconfundible: San Pedro, claro es, y los demás Apóstoles, apóstoles son de los gentiles; pero San Pablo es desde luego el Apóstol por excelencia, el Apóstol por excelencia de las gentes. Que tal título hubo de granjárselo no es discrepancia de fondo, mas sí discrepancia de circunstancias y momento, supuesta desde luego la vocación divina significada en la misma conversión.

Habré demostrado lo que me propongo y trazado mi brochazo si consigo al menos esbozar:

Primero. Que entre Pedro y Pablo existe conformidad absoluta de principios.

Segundo. Que Pablo vió, y estima que con razón, cierta anomalía de carácter estrictamente práctico, pero que a su juicio podía ser pernicioso para la difusión del Evangelio.

Tercero. Que la actitud de Pablo, defensor de la incorporación al cristianismo, sin necesidad de ritualismos legales, a los que tampoco daba Pedro valor alguno justificativo, le valió a Pablo el título de libertador de la ley y por lo tanto de "apóstol", por antonomasia, "de las gentes".

Para Pablo, el fervoroso convertido, todo lo es Jesús. Lo vimos anteriormente y lo veremos todavía más al detalle. ¿Cuáles son los puntos de vista de Pedro?

La comunidad cristiana de Jerusalén era esencialmente distinta de la Sinagoga. La opuesta conducta que una y otra observaban respecto de Jesús envolvía una radical separación. San Pedro, que ha dado público testimonio de Jesús afirmando, intrépido, que no hay salvación ni hay vida más que en su nombre o por la fuerza de su nombre, termina lo que de su primer sermón nos transmite San Lucas con estas palabras: "Salvami a generatione ista prava." Separaos... ¿Cómo? Haciendo penitencia y bautizándoos en el nombre de Jesucristo en orden al perdón de los pecados (Act., 2, 38). El caso de la conversión de Cornelio abre una nueva era tanto en Pedro como en los demás elementos de la incipiente cristiandad, no en el sentido de admitir a los no judíos, sino en cuanto al modo de admitirlos; es decir, sin sujeción a los ritualismos de la ley judaica. Pedro no ignora la universalidad del reinado de Jesús (Mat., 28, 19-20; Marc., 16, 15; Luc., 24, 47; Hechos, 1, 8) y cosa distinta es que desconociera todavía el tiempo oportuno para la admisión de los gentiles o la forma accidental como ello había de verificarse. Pero después de la visión de Joppe, Pedro entra en casa de Cornelio y después de pronunciar un discurso, en el cual reconoce la benignidad de Dios para con todos los hombres, da testimonio completo de Cristo y se difunde el Espíritu Santo, y llegado a Jerusalén expone la identidad de fe entre los elementos de casa de Cornelio y los elementos de la cristiandad de Jerusalén: ellos—dice—han creído como nosotros en Jesucristo, y a ellos les ha dado Dios lo mismo que a nosotros nos dió cuando creímos y como consecuencia y fruto de nuestra fe.

Hay un hecho clásico que demuestra esta absoluta conformidad fundamental y vamos solamente a rozarlo: se trata del llamado Concilio de Jerusalén (en Hechos, cap. 15), y al que se refiere Pablo en Galatas, 2, 1-10. San Pablo va a Jerusalén para exponer y consultar el Evangelio que predica entre los gentiles, a saber, que Cristo es exclusivo principio de justificación. El resultado de aquella consulta es la más absoluta conformidad y Pablo es reconocido como hermano y sus comunidades como miembros de la hermandad: lo que si sucede entonces es que se determina expresamente que Pablo predique especialmente entre los gentiles, mientras los demás lo harán también especialmente entre los judíos.

Y no podía ser de otra manera, ya que los principios fundamentales, doctrinales y dogmáticos, eran en absoluto los mismos.

San Pedro ha dicho en su primer discurso no que practiquen éste o aquel rito mosaico, sino que se bauticen en el nombre de Jesús en orden al perdón de los pecados. El nombre de Jesús es

invocado por Pedro en la curación del paralítico. La virtud de este nombre es la que ha realizado el milagro. Por los méritos de Cristo—dice Pedro en su primera epístola—adquirimos el don de la fe. Y ante las interpelaciones de sus enemigos asevera el Príncipe de los Apóstoles que no hay salud en otro alguno porque no hay nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en cuya virtud podamos ser salvos. Cristo—dice asimismo—es el Mesías paciente y piedra angular por los judíos despectivamente rechazada, que murió una vez por nuestros pecados para llevarnos hasta Dios, y es el Salvador que Dios elevó con su diestra en orden a dar la remisión de los pecados.

En una palabra: San Pedro ve en los padecimientos de Jesús una especial disposición: son padecimientos mesiánicos y provechosos para todo el mundo: es sencillamente el concepto de redención predicado y manifestado abundantemente por San Pablo.

Y no obstante cuanto antecede, aunque muy sumariamente presentado, Pablo es el Apóstol de las gentes, el Apóstol universal. El ha ganado ese título saliendo al paso de determinadas dificultades que, si no afectaban a la identidad de principios, podían ser rémora y obstáculo en la práctica para la aludida difusión del Evangelio entre las gentes.

Celebrado el Concilio, es natural que el elemento étnico-cristiano gozaría de franca libertad y que ya no habría dudas respecto a la incorporación y permanencia en el cristianismo sin sujeción alguna a ritualismo de la ley mosaica. Pedro, que después del Concilio ha ido a Jerusalén, se acomoda a estos procedimientos de libertad en comidas y otros usos. Solamente cuando llegan a Antioquia algunos súbditos de Santiago, obispo de Jerusalén, Pedro comienza a retraerse de los demás y se une a estos recién llegados.

Dejemos a Pablo (Gal., 2, 1) y escuchemos sus palabras, pues ellas nos dan los mejores rasgos de su fisonomía:

“Cuando vino Pedro a Antioquia le hice resistencia cara a cara por ser digno de reprensión. Pues antes que llegasen ciertos sujetos de parte de Santiago comía con los gentiles, mas llegados que fueron empezó a recatarse y separarse por temor de aquellos circuncisos. Y visto que no andaban de rechamante conforme a la verdad del Evangelio, dice a Cefas en presencia de todos...”

Y las palabras reprensivas de Pablo, señores, al mismo tiempo que por su lectura evidencian una identidad de principios dogmáticos entre uno y otro Apóstol, agigantan la figura de Pablo en el sentido de dar motivo más que suficiente para en todo momento y a través de los siglos sea tenido como el “Apóstol” por excelencia de las gentes todas, con exclusión y libertad de los antiguos ritualismos de la ley mosaica.

“Si tú, Pedro, siendo judío, vives a lo gentil y no a lo judaico, ¿con qué derecho obligas a los gentiles a judaizar? ¿Con qué derecho has de obrar pareciendo que no te son indiferentes—como has demostrado te lo son—los ritualismos mosaicos, con lo que indirectamente obligas a que otros, que no son judíos como tú, ni ligados a la ley, padezcan cierta coacción? Nosotros somos judíos por naturaleza y no

de origen gentil..., y no obstante, como viéramos que no se justifica el hombre por las obras de la ley sino por la fe de Jesucristo, también nosotros—tú y los demás y yo—creímos en Jesús para ser así justificados, y no por las obras de la ley.” Por la fe, en verdad, que es la vida de fe, vida de evangelio, vida de obras, vida de gracia y vida de Cristo, el principio de esta nueva vida.

Resumiendo: Pablo no es en manera alguna un innovador ni un reformador: lo que él defiende está ya en la mente de todos los demás: el Espíritu Santo ha mostrado, mediante el caso de Cornelio, el momento y el modo de incorporarse al cristianismo, sin previa sujeción al judaísmo, aquellos que son procedentes de la gentilidad. Pedro y los demás proceden, de hecho, conforme al dictamen que viene de Dios y que coincide, en absoluto, con sus principios dogmáticos.

Pero Pablo, sí, es un defensor entusiasta, lleno de santa libertad, actuación de defensa cuya ocasión le brinda un suceso que tiene lugar a pesar de los principios dogmáticos a todos comunes. Y esta defensa y la misión que se le da por los mismos Apóstoles para predicar entre las gentes, aunque no exclusivamente, como aquéllos no trabajarán tampoco exclusivamente entre judíos, le erige en la gran figura de Apóstol universal, de libertador de la ley mosaica y de Apóstol de la gentilidad.

El caballero de Jesús

Y aquí, señores, solamente un rasgo. Con suso espigar, auucir, hilvanar, sin comentario alguno, palabras del Apóstol siguiendo una tras otra sus epístolas, lo yo precisamente, pero sí cualquiera otro regularmente especializado, podría formar una precisa monografía y modelar la imagen del cabanero enamorado de Jesucristo.

Habé yo de contentarme con decir que lo fué. Con decir que lo fué, porque él es en verdad quien de sí lo dice y tal respiran sus palabras: amor y unión y locura de entusiasmos rezuman sus palabras y tantas son ellas que no habrá de fatigarse el ánimo que haya de buscarlas, que al paso se saldrán; a mano las tengo yo en los trabajos que antes os caían y sólo dos versucios, pero tales, en verdad, que ellos hablan de cruz y hablan de unión..., y ¿qué mejor que la unión y que la cruz si de amor y de locura de amor hemos de hablar?

“¡Porque yo, mediante la ley, he muerto a la ley en orden a vivir para Dios! Con Cristo estoy crucificado. La ley de Cristo, que es el Evangelio, término a que la ley antigua de suyo conducía, ha abolido y acabado con la ley antigua; he muerto, mas para estar vivo más que nunca. Ya lo decía Moisés: “Dios suscitará de entre vosotros un profeta al cual habéis de escuchar” (Deut., 18, 15). Dió al traste con antiguos arreos para tomar y amarse caballero con elementos nuevos..., y murió para vivir; que ninguno más vivo está que aquél que hubo de morir, si vive para Dios, que es la vida misma, y dejó de vivir como nombre viejo, que al fin es morir de continuo.”

“Vida de Dios y para Dios ha de entenderse vida de gracia, y gracia es Dios y participación de naturaleza de Dios y, por lo tanto, aunque accidental, unión con Dios y comercio y vida con Dios. Esto es para Pablo la nueva vida y esto que él dice de unión y, por

ende, de enamoramiento, mejor lo pasó y hubo él de probarlo cuando tan a maravilla sabe decirlo.”

“Mas, peregrina idea que humano entendimiento no atinara a expresar, móvil es y resorte y principio de esta vida y enamoramiento el que nadie sospechara: con Cristo estoy crucificado. Como si dijera: cuando hablé de vida divina debí más bien hablar de con crucifixión, por que, en realidad, Cristo, con quien el cristiano es crucificado, es el principio de esa vida que comienza con esa con crucifixión. Ello se verifica en el bautismo, que toma su fuerza justificativa y vital de Cristo, y allí muere el hombre con Cristo y es sepultado místicamente por la inmersión para ser luego elevado y resucitar con Cristo.”

Quien así discurre en cosas de muerte y sepultura y con crucifixión a fe que no puede menos de ser alma enamorada de aquél con quien recibe muerte y junto a quien es sepultado después de ser cabe él mismo puesto en la misma cruz. No cabe unión mayor ni mayor amor puede haber que este que Pablo nos describe.

Por eso, y terminemos, señores, esa mística con crucifixión crea para el cristiano un estado sublime del cual es maestro y excepcional testigo este caballero enamorado de Cristo que fuera antes su enemigo más acerbo.

Escuchad, señores, una vez mas, que nunca habrán de cansarse nuestros oídos de palabras como estas: “Vivo ciertamente, pero ya no más yo; Cristo es quien vive en mí, pues lo que ahora vivo en carne lo vivo en la fe, que es de Dios y de Cristo, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”

“Murió el yo que es el hombre viejo y quedó inerte el cuerpo del pecado, es decir, el cuerpo del hombre en cuanto con sus viciosas propensiones suministra al pecado un trono en que éste impera. Murió, sí, para vivir con Cristo a la vida de la gracia, en la cual tendrá auxilios especiales con que oponerse a las instigaciones del pecado y cierta expedición para cumplir la ley, siempre de suyo onerosa. Y así, aunque vive todavía en carne, vivirá cual si la carne no existiera.”

“Y tanto ello es así que resulta quien tal experimenta, caballero y vasallo y enamorado de tan gran Señor, cual Cristo es.”

“Cristo es (Rom., 3, 24) a la vez que sacrificio precio de reconciliación y redención y, en su virtud, pasamos del yugo del pecado al vasallaje de Cristo.”

“Todo lo dió Cristo por mí, ya que la vida dió y mil hubiera dado y la dió porque padeció, más que de cruz, de locura de amor.”

Pensad, señores, que estas cosas, y mejor presentadas que yo lo voy haciendo, si las dice Pablo es porque de suyo él las conoce y las sabe en sí mismas; que no en teoría, sino en experiencia, y bien honda, por cierto, ha llegado a probarlas. El sabe de amor de Cristo y él sabe de correspondencia a tal amor, y buena prueba es que no regatea sacrificios y andanzas y persecuciones y muerte, porque todo ello poco le parece para muestra de amor.

Ah, señores, ¡¡quién fué Pablo si un sólo atisbo y una tosca pincelada tal nos le vislumbra!!

Alma generosa, ardiente, infatigable; alma que se entrega, alma de perseguidor entusiasta, que se convierte luego en caballero enamorado de Aquel mismo de quien fué perseguidor.”